Historia del general carlista D. Ramon Cabrera

Madrid

[1894?]

Reel: 41 Title: 4

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCl00041.04

Control Number: ADS-9446
OCLC Number : 29643675
Call Number : W 381.568 H629 v.1 HISGE
Title : Historia del general carlista D. Ramon Cabrera, desde su nacimiento hasta su muerte.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 38 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia de Don Ramon Cabrera.
Note : Title vignette.
Subject : Cabrera y Griñó, Ramon, 1806-1877.
Subject : Chapbooks, Spanish.
Subject : Spain History Carlist War, 1833-1840.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/27/94
Camera Operator: AN

(CINCO PLIEGOS)



HISTORIA

DEL GENERAL CARLISTA

D. RAMON CABRERA,

DESDE SU NACIMIENTO HASTA SU MUERTE.

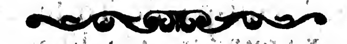
MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

HISTORIA

DE

DON RAMON CABRERA.



CAPITULO PRIMERO.

acimiento de Cabrera.—Su infancia y juventud.—Su presentacion en el campo de D. Cárlos.—Primeros rasgos de su vida militar.



ien sabida es de todos la reputacion de que goza hoy D. Ramon Cabrera, lo cual hace necesario el conocimiento de su historia. Vamos, pues, á trazar imparcialmente la biografía de este hombre singular, apartando cuidadosamente de nuestra pluma toda pasion que pueda alterar ni aun ligeramente la verdad.

Nació Cabrera en 1806, en Tortosa. Hijo de una familia de muy humilde condicion, sus primeros años se sucedieron en la oscuridad y casi en el abandono. Su padre, que sólo era simple patron de un barco en las aguas del Ebro, pudo apénas alcanzar una muy pequeña fortuna con el producto de algunas especulaciones. Murió éste ántes que su hijo tuviese uso de razon, y desde entónces vemos al niño Ramon solo, pobre, abandonado á sí mismo: su educacion, por consiguiente, se resintió desde luego de todos los vicios anexos á su triste posicion. Holgazan y poco aficionado á las letras, llegó,

con trabajo, á saber leer, escribir y los rudimentos del latin: se quiso que abrazase la profesion de su padre, pero el carácter indómito que empezaba á rebelarse en el niño Cabrera, le hacia mirar con aversion toda clase de trabajo impuesto por voluntad de otro. Su madre, casada en segundas nupcias, quiso consagrarle á la carrera eclesiástica, y aun le hizo recibir las primeras órdenes: sin embargo, todos sus esfuerzos se estrellaron contra el natural pendenciero, holgazan y en estremo licencioso de su hijo, entregado á una completa disipacion. Llegó esta hasta el punto que el célebre D. Victor Saez, Obispo á la sazon de Tortosa, se vió precisado á negar al estudiante Cabrera las órdenes de Subdiácono que solicitó. No ha faltado quien, queriendo dar á todos los actos de Cabrera un carácter político en armonía con el papel que después ha representado, haya asegurado que la negativa del Obispo de Tortosa tenia por motivo de que Cabrera profesaba ideas exageradamente liberales: absurdo pretexto que no creemos necesario refutar. Las relaciones de Cabrera en su adolescencia se componian de todos los jóvenes atolondrados y calaveras de su tiempo, cuyos desordenados instintos estaban de acuerdo con la misma conducta de nuestro héroe.

Todo el mundo recuerda que, en el momento de espirar el Rey Fernando VII, se dió en las provincias Vascongadas el grito de rebelion contra el Gobierno de Isabel II, tremolándose en las montañas de Vizcaya y de Navarra el estandarte de Cárlos V. Un eco funesto respondió á este grito en muchas provincias de España, no contribuyendo poco á ello el decreto de 29 de Octubre de 1833, que disponia el desarme de los realistas de todo el Reino. Tomó, pues, cuerpo la sublevacion, que quedó por entónces circunscrita á más allá de los pinares del Ebro, y al interior de las provincias Vascongadas.

No podia, sin embargo, encerrarse en tan estrechos límites: las altas sierras que dividen los reinos de Aragon y Valencia, aquel país cuajado de gargantas y desfiladeros entre cumbres escarpadas, el Maestrazgo, en fin, rodeado de baluartes y de fortificaciones naturales, que hacen de él una especie de inmensa ciudadela, dominada por la seguida roca en cuya cúspide descansa Morella, tenia desde luego que ofrecerse como punto muy á propósito para realizar los intentos de los sublevados; y allí, en efecto, se dieron cita todos los realistas del país que, no queriendo deponer sus armas, se hallasen dispuestos á secundar el grito lanzando en las faldas del Pirineo. Acudieron bastantes al llamamiento; y conceptuando el Maestrazgo como un cuartel general, desde el cual se podia fácilmente encender la guerra en Aragon y Valencia, proclamaron solemnemente el 12 de Noviembre á Cárlos V, establecieron una Junta de Gobierno presidida por el Baron de Hervés, hicieron aprestos militares, y así se formó el núcleo de las audaces huestes que combatieron en aquel país poco tiempo después.

Desde entónces empezó la lucha entre las bandas de carlistas que recorrian el país, asolándolos, como era natural, para subvenir á su subsistencia, á los pueblos que habian proclamado á Isabel II. D. Ramon Car-

nicer, á la cabeza de estas escasas y mal organizadas fuerzas, concibió, con un arrojo difícil de comprender, el temerario proyecto de acercarse á dos leguas de Tortosa, y promover así un pronunciamiento en esta ciudad en favor de Cárlos V. Gobernaba en Tortosa el general Breton; y encontrando la opinion del pueblo algun tanto dispuesta en pró del proyecto de Carnicer, se vió obligado á adoptar medidas de precaucion contra los sospechosos de adentro, confinando á Barcelona y otros puntos sobre sesenta personas de las que eran más marcadas.

En esta ocasion figuraba por primera vez en política el nombre de *Ramon Cabrera* entre los desterrados. No creemos nosotros que por entónces fuesen las opiniones de Cabrera tan furiosamente carlistas como ha hecho ver posteriormente; pero bastaba la tendencia al alboroto y la propension al levantamiento que reinaba en Tortosa, para que Cabrera, aficionado siempre al desórden, se hiciese marcar por el dedo de la autoridad como figurante en primera línea. Ello es que se vió desterrado, y se creyó por lo mismo importante; empezó á sentir en el fondo de su alma ese caudal de energía que tanto le ha distinguido despues, y cuéntase que al salir desterrado, dijo: *Yo haré ruido en el mundo*. Apenas fuera de Tortosa con los demás confinados, logró separarse de ellos, é inmediatamente se presentó en Morella.

A su llegada, la mayor consternacion reinaba en la capital del Maestrazgo: algunas guerrillas que habian salido para hostilizar las tropas de la Reina, habian sido derrotadas por los que á su persecucion habia destinado el gobernador de Tortosa, y por la columna que mandaba el brigadier Linares. El general Breton se puso en movimiento sobre Morella, que se rindió despues de una ligera resistencia: los sublevados abandonaron en completa confusion aquellos muros, donde volvió á tremolar la bandera de Isabel II, é infinidad de ellos pagaron con la vida la inauguracion de una guerra en que no se daba cuartel todavía.

Hasta entonces nadie habia reparado en Cabrera: confundido entre la multitud, nada le distinguia de los demás aventureros sino el saber leer y escribir. Mas al verificarse la desordenada evacuacion de que hemos hablado, empezó él á dar muestras de su obstinada temeridad. Pocos dias despues apareció en las inmediaciones de Vista-bella una partida de facciosos extremadamente mal armada, pero ya organizada y sometida á un jefe: este jefe era Cabrera. Los partes militares de sus perseguidores le apellidaban cabecilla: él se titulaba comandante: los suyos le llamaron desde entonces, con respeto, **DON RAMON**.

Rodeado de aquella gente feroz, solo entre aquellas malezas, sin más ayuda que su carácter de hierro, tuvo desde entónces dotes bastantes para hacerse obedecer de cuantos le rodeaban: le obedecian todos como al más valiente, y temian le como al más audaz. Sin crédito de ninguna especie, encontró dinero para sostener á su banda, y cuando á principios del invierno se vió sin recursos, no solo no desmayó, sino que se vino con dos ó tres compañeros suyos á las inmediaciones de Tortosa á organizar un bat á-

llon con que pudiese operar á la primavera siguiente. Consiguiólo así, en efecto, y con este batallon siguió á Carnicer en su expedicion á Molina y Caspe, donde sacó rico botin, y con Carnicer tambien sufrió el grande descalabro que experimentaron en Mayals las facciones de Valencia y Murcia. Ni este revés ni el cólera que devastaba entónces la Península, bastaron á abatirle: volvió á reunir su gente, y pasando el verano en continuas excursiones y trabajos de organizacion, se encontró casi repuesto á la entrada del invierno. El general D. Gerónimo Valdés, comandante general de las tropas de Valencia y Murcia, emprende contra los facciosos una encarnizada persecucion: Carnicer y los suyos son completamente derrotados en Montalvan: Cabrera se salva, y á poco vuelve á aparecer con una reducida partida: caen sobre ella Colubi y Azpiroz; derrótanla tambien, y de todo este poder sólo queda en un rincon de las huertas de Tortosa una docena de hombres y al frente de ellos Cabrera. Hé aquí la posicion de este caudillo despues de un año de trabajos y continuos reveses: mas como su pasion dominante era la ambicion; como la guerra no era para él un medio de vivir, sino un camino para mandar, reportó en este primer año, á través de tantas penalidades, la inmensa ventaja de estudiar el país prácticamente, de avezarse á la ruda experiencia del campo, y de conocer la guerra, y especialmente los hombres: añádase á esto que, en sus ratos desocupados, empezó á dedicarse con asiduidad al estudio de la historia, al de nuestras guerras y á los ejercicios de equitacion; de suerte que habia roto completamente con sus antiguas costumbres de pescador y estudiante, y se encontraba apto para mandar en grande escala.

Así las cosas, queriendo empezar á realizar el vasto plan que ya germinaba en su cabeza, se presentó en la córte de D. Cárlos, so pretexto de dar cuenta personalmente de los reveses sufridos por las facciones de Valencia y Murcia. Mas como conviniese en gran manera á su idea apoderarse á toda costa del primer puesto en el Maestrazgo y sus inmediaciones, empezó por desacreditar á Carnicer y los suyos, haciendo recaer sobre la cabeza de aquel caudillo la triste responsabilidad de su mal éxito, y contrayendo por su parte, y como por vía de garantía, el grave compromiso de exponer y manifestar el sistema de sangre y terror con que mas tarde asombró á la nacion, y aun á la Europa entera: funesta táctica que atrajo por primera vez sobre Cabrera una mirada de predileccion de parte de D. Cárlos.

La guerra de las provincias Vascongadas hallábase entónces en ese período de gloria y entusiasmo, carácter distintivo de la época de Zumalacárregui, vivo todavía: no habia aún partidos en la faccion, pero ya Don Cárlos estaba ventajosamente predispuesto en favor de los hombres exagerados y fanáticos de su partido. Acogieron estos benévolamente á Cabrera, aprobaron el plan horrible de ferocidad que éste desplegó á sus ojos, y no dejaron de sonreir á la culpabilidad que Cabrera hizo, segun parece, recaer sobre Carnicer, á pesar de haberse distinguido muchas veces, y aun de haberle, segun se dice, salvado una vez la vida. Ello es que, á consecuencia de la presencia de Cabrera en el real de D. Cárlos, se expidió á

Carnicer una órden de llamamiento cerca de su Rey, á que obedeció el caudillo presurosamente, deseoso, sin duda, de sincerar su conducta y de matar injustas invenciones. Púsose inmediatamente en camino Carnicer, pero el ejército de la Reina supo con anticipacion y con la mayor exactitud, no sólo el dia y hora en que debia pasar por un punto dado, sino hasta las más minuciosas circunstancias de su persona y disfraz. Fué re-



conocido en el puente de Miranda, y fusilado á las pocas horas: la opinion pública atribuyó á Cabrera esta traicion, pero faltan pruebas suficientes para justificar este hecho horrible.

Muerto Carnicer, fué inmediatamente investido Cabrera con el carácter de comandante general de las tropas carlistas de Aragon y Valencia, y poco tiempo después daba ya muestras enérgicas de no haber obtenido en vano del Pretendiente este distinguido título. Solo ya, y jefe, empezó á rodearse de la exterioridad y rango de un general. Formó una escogida escolta, organizó una terrible policía militar, buscó recursos, se procuró armas, y cuando tuvo 1.000 hombres de infantería y 100 caballos disciplinados, abandonó sus montañas de Tortosa y bajó a presentarse en campaña ante las tropas que le perseguian. Seguíanle Forcadell y otros cabecillas, quienes le obedecian; era el verano de 1835.

La columna de Azpiroz se le opone; pero, perseguido de cerca por Nogueras y obligado á contramarchar rápidamente, penetra en Segorbe, y este segundo hecho singular de Cabrera con que inaugura su carrera de jefe militar, coincide con la muerte de Zumalacárregui, á quien al mismo tiempo cortaba una bala la vida. De la vertiente meridional del Maestrazgo desciende á poco á la frontera de Castilla: amenaza á Ademuz, embiste á

Requena y recorre parte de la provincia de Cuenca. Las tropas de la Reina, con una virtud sin ejemplo, le persiguen sin cesar, le arrebatan su botin, y le obligan á regresar á las montañas del Maestrazgo por la parte de Tortosa, siendo alcanzado y batido por el general Amor en Mora de Rubielos. Mas todas estas marchas y contramarchas eran mucho más funestas á las tropas de la Reina que á los facciosos.

Poco tiempo después se presentó Cabrera á tres leguas de Vinaroz, atacando el fuerte de Alcanar, verdadera atalaya de la playa de los Alfaques: salieron los nacionales de Vinaroz á socorrer á sus vecinos; mas por un rasgo de su fortuna adversa, fueron acuchillados sin piedad por las tropas de Cabrera, y la flor de la juventud de Vinaroz pagó aquel dia su arrojo con la vida, pues el caudillo tortosino jamás perdonó á ninguno que vistiera el uniforme de miliciano nacional: ¡qué horror! lo más escogido de las poblaciones, lo más selecto de los reinos de Aragon y Valencia, que era de lo que se componia la Milicia, estaba sentenciado, si por casualidad caia en manos de las hordas carlistas, á ser bárbaramente asesinado, sin otro delito que vestir un uniforme honroso, y que tal vez muchos lo vestian contra su voluntad. Consumada esta accion sangrienta, Cabrera rindió y abrasó el fuerte de Alcanar: pensó en Teruel, y llegó hasta sus puertas, atravesando los arrabales. Palarea le perseguia de cerca, y fué batido por el caudillo tortosino, aunque con fuerzas muy inferiores. Cabrera, después de haber hecho alarde de un valor y de una temeridad extremadamente raras, se retiró en direccion al Orcajo.

CAPITULO II.

Muerte de la madre de Cabrera. — Terrible sentimiento de su hijo. — Represalias. — Desafio al general Nogueras. — Proyectos de Cabrera. — Nuevas espediciones. — Victoria conseguida por Cabrera en el Pla del Pou. — Horroroso festin de Burjasot.



Las contínuas escaramuzas, el espectáculo de las batallas, el hábito de la guerra, habian despertado en Cabrera un instinto de ferocidad salvaje, digna de los pueblos más incultos de la tierra. No habia cuartel para los individuos del ejército que hacia prisioneros; fusilaba á los nacionales, asesinaba á los infelices paisanos, se ensañaba con cuanto le caia en las manos. Necesitaba sangre y matanza, y su grande espectáculo eran esas escenas bárbaras y á sangre fria que él presenciaba con tanto gusto, entregando al plomo y

á la lanza de sus caribes cuantos entraban en su poder. El carácter de Cabrera era una ferocidad difícil ya de pintar.

Y sin embargo, como si fuera preciso poner colmo á esta sed de sangre que constantemente atormentaba al caudillo tortosino, hubo un dia en el año 1836, dia marcado con caractéres de desolacion en las páginas de nuestra historia contemporánea: dia horrible, fuente de torrentes de sangre, orígen de tanto luto y de tantos ayes, en que el pueblo de Tortosa presenció la indefinible escena de una mujer de más de 60 años, marchando al suplicio con su blanca cabeza descubierta, con sus manos atadas estrechando un Crucifijo, con su paso trémulo por la edad, aunque sostenido por la resignacion de un mártir. Cuatro balas despedazaron el rugoso y respetable seno de esta anciana mujer: su nombre era María Griño; su único delito, *ser madre de Cabrera.*

No los partidos, no pueblo alguno fueron la causa de este acto horrible, mengua de las naciones civilizadas, espanto de las generaciones de otros tiempos. Dos solas personas ordenaron é hicieron cometer este atentado: sobre ellas pese toda la responsabilidad, sobre ellas caiga toda la sangre que hicieron derramar, sobre ellas, en fin, el baldon y oprobio entero.

Imposible nos seria describir, ni aun imperfectamente, el furor del jefe carlista al tener conocimiento de este suceso. Hallábase en Valderrobles, preparándose para la expedicion de Liria, cuando le dijeron que su madre acababa de ser fusilada en Tortosa. Si en aquel momento hubiera visto á sus piés la humanidad entera implorando piedad y misericordia, no hubiera encontrado bastante cebo á su desesperacion. Encerrado en un cuarto, discurria acá y allá como una hiena, arrancábase los cabellos, rugía como un leon, y lanzaba toda clase de gritos. Cabrera amaba con frenesí á su madre, y no hubiera sido posible buscar en su corazon una fibra más vulnerable. En la desesperacion que se apoderó de él, llamaba á gritos al general Nogueras, apellidándole verdugo de su madre, y jurándole guerra á muerte, aun cuando se escondiese en el seno de la tierra: otros momentos se arrojaba sobre su cama y prorumpia en llanto invocando el nombre de su pobre madre.

Llegó, por fin, el instante de que, enjutas las lágrimas, se desarrolló en su corazon un gérmen inmenso de venganza que, subiendo hasta su semblante, le imprimió una expresion de espantosa ferocidad. Levantóse, miró en torno suyo: estaba solo y rodeado del silencio de la tumba: de repente se contraen los músculos de su fisonomía entónces cetrina; una sonrisa feroz se asoma á sus labios secos, y dando, por fin, desahogo á tanta cólera, llama á su secretario y le dicta este sangriento bando:

«Serán fusilados todos los individuos que se aprehendan.

»Se fusilarán inmediatamente, en justo desagravio de mi inocente ma»dre, la señora del coronel Fontiveros, comandante de armas de Chelva, »que se halla detenida, para contener la ira de los revolucionarios; y »tambien tres más, que lo son: Cinta Tos, María Guardia y Francisca Ur»quesa, y hasta el número de treinta que señalo, para expiar el castigo »que ha sufrido la más digna de las madres.

CABRERA

»En lo sucesivo será inmediatamente vengada por mí la muerte de cada víctima con veinte de las familias de los que continúen cometiendo semejantes actos.

»Los alcaldes que al márgen se expresan harán publicar esta órden, y »que los curas párrocos la hagan saber en el púlpito bajo su responsabilidad.— »Valderrobles 20 de Febrero 1836.—*Ramon Cabrera.*»

Y así se cumplió: las cuatro desgraciadas mujeres condenadas por la cólera de Cabrera, no vivieron ya más que el tiempo preciso para recibir los auxilios espirituales: el mismo dia fueron pasadas por las armas, sin que nada pudiese contener la saña de este verdugo. Jóvenes pertenecientes á la clase acomodada, bellas, llenas de vida y lozanía, marcharon al suplicio estas cuatro infortunadas, sin haber cometido una falta, quizá, en toda su vida.

¡Cosa horriblemente singular! Hay una porcion de pruebas que hacen casi indudables las relaciones amorosas que de tiempo atrás existieran entre Cabrera y una de estas cuatro víctimas; segun la opinion pública, Cabrera amaba apasionadamente á Doña Cinta Tos, de quien era correspondido; su enlace estaba ya acordado y debia celebrarse muy en breve. Pues bien, hasta esta afeccion sagrada cede el paso al sentimiento de venganza que rebosa en el corazon de Cabrera. Todo es imposible en él en este momento, ménos verter sangre, saciar su furor, destrozarlo todo: es un verdadero leon herido por la mano de un inexperto cazador.



Sin embargo, cuando vinieron á decirle que sus órdenes estaban cumplidas, cuéntase que se enterneció visiblemente.

Otros varios de los infelices que gemian en poder de Cabrera, fueron en el mismo dia fusilados, inaugurando con su último suspiro una época de horrores y desolacion de que hay pocos ejemplos en la historia. Los nombres de Cherta y Liria bastan á recordárnoslá: Cabrera no pensaba mas que en re-

presalias, y en procurárselas lo más terrible posible. La idea, no solo de piedad, sino hasta la humanidad, habia desaparecido de su mente: entre otros nacionales prisioneros que hizo cayó un hermano político suyo, que por de contado fué condenado á muerte como los demás: ni las lágrimas de su hermana, ni los lamentos de toda la familia, pudieron hacerle ceder de su propósito: por fortuna, pocos momentos ántes de la ejecucion acertaron á ponerle ante sus ojos un sobrino suyo, hijo del sentenciado, de edad de diez años, y la presencia de este niño salvó á su padre. Sin esta circunstancia, Cabrera hubiera fusilado á su hermano.

Al través de tantos horrores aumentaba su saña de dia en dia. Su deseo más ardiente era encontrar al general Nogueras: para ello no perdonó medio alguno; le desafió particularmente, llamándole á un duelo personal, solo, sin fuerza alguna, y en campo abierto, y con las condiciones que el general eligiese. Mas este encuentro no tuvo lugar, y Nogueras hizo su dimision poco tiempo despues.

El renombre de Cabrera habia crecido grandemente, no solo entre sus tropas, sino hasta en el campo de D. Cárlos. Era un general rodeado de todo el aparato y prestigio de tal, que mandaba, no ya columnas sueltas, sino divisiones regulares; que organizaba y armaba gente sin cesar; que adoptaba disposiciones concertadas, y concebia planes gigantescos; que tenia por jefes de division subalternos suyos á Forcadell, Quilez y el Serrador; que hacia del saqueo su contribucion de guerra, de los alcaldes sus intendentes militares, y de la poblacion entera sus espías. Una cosa, sin embargo, sobresalia en Cabrera desde el principio de la guerra; la mayor integridad y pureza presidia siempre en el reparto del botin. Sus subordinados pagaban con la vida la menor falta en este particular. Dos años hacia ya que Cabrera estaba en campaña: durante este tiempo no habia cesado de bullir en su cabeza un plan cuyo cumplimiento reclamaba imperiosamente sus circunstancias: Cabrera carecia de una fortaleza, de una posicion considerable en que abrigarse y á cuya sombra pudiese dar mayor importancia á sus correrías. Siempre infatigable, estaba, con diferencia casi de horas, en la provincia de Cuenca y de Castellon; invadia la huerta del Turia, tomaba á Liria y llegaba hasta las puertas del mismo Valencia: sufria una derrota oscura en Chiva, de que se indemnizaba destrozando la columna del general Valdés en las cercanías de Daroca; ponia á contribucion las inmediaciones de Teruel, y desde allí se bajaba á Siete-Aguas, Buñol y pueblos de la Hoya. Mas en medio de estas operaciones, y al través de tan rápidos movimientos, Cabrera no apartaba la vista del centro de sus operaciones, que eran las montañas del Maestrazgo; y siguiendo las indicaciones mismas de la naturaleza, su mente estaba fija sobre Morella, punto central fortificado, que era preciso tomar á todo trance. A esto, pues, se dirigian todos sus esfuerzos, sin por eso perder de vista empresas ménos difíciles. Una traicion le hizo dueño de Cantavieja, que fortificó con una maestría y una actividad admirables: allí estableció sus almacenes y sus fábricas de armas; allí hizo los cañones para los fusiles de sus soldados y construyó su artillería. Al-

calá de Chisvert y Torreblanca cayeron en su poder: dos veces puso sitio á la héroica Gandesa, y dos veces fué rechaazdo por sus valientes habitantes, ayudados, la última, con el socorro del general San Miguel. Sus tentativas se dirigieron, por fin, á Morella. Esta plaza debia serle entregada por traicion tambien; pero descubierta la conspiracion por el gobernador, hizo este pagar con la vida á los iniciados en ella. Cabrera, sin embargo, no renunció á su idea, que inesperados sucesos vinieron de nuevo á interumpir por el momento.

Por aquel tiempo la discordia habia agitado ya su tea funesta en la córte de D. Cárlos: los hombres fanáticos de su partido se habian apoderado de su ánimo, y una multitud de ambiciones opuestas luchaban entre sí, minando por su base la causa que aparentaban sostener. Lo más considerable de la intriga tenia por objeto sacar á D. Cárlos de las provincias Vascongadas so pretexto de que se perdia allí un tiempo precioso: pintábanle con colores de rosa el espíritu de España toda, y hacíanle creer que sólo necesitaba marchar para conquistar fácilmente el trono de San Fernando. Una estrella fatal presidia los destinos de D. Cárlos, é impelía á este Príncipe á creer lo peor. La desgraciada expedicion de Batanero no bastó á desanimar á los furiosos, y para continuar su plan organizaron otra en mayor escala, compuesta de cinco batallones castellanos y dos escuadrones, á las órdenes del general Gomez. Sale éste forzando la accion de Rivero; derrota al general Tello y su division: penetra en Castilla; recorre el Norte de la Península, y regresa perseguido á su punto de partida; más, poco despues, vuelve á salir fuerte y triunfante, y se interna en el corazon del Reino. La fortuna acompaña á esta expedicion, pero la estremada fatiga merma considerablemente sus fuerzas. Cabrera recibe órden de reforzarle con parte de sus tropas, dejando á Forcadell en el Maestrazgo, y Cabrera dá la vuelta á Requena y se reune con el general expedicionario, á fin de acompañarlo á la Mancha y Andalucía. Mas era imposible avenir los caractéres de estos dos generales: la suavidad y dulzura de Gomez contrastaba abiertamente con la ferocidad de Cabrera, y este no pudo nunca sufrir la superioridad ajena. Así que se propuso hostalizar á Requena cuanto pudo; sus tropas talan é incendian los caseríos de las inmediaciones, y cuando hubo hecho creer al enemigo que su principal empeño era apoderarse de Requena, reune súbitamente sus fuerzas y se dirige hácia el Júcar y Guadalaviar, donde le aguardan nuevos pero muy ensangrentados laureles. Los restos de una brigada de la Reina, que habia sufrido considerables descalabros en Buñol, se hallaba en Liria reponiéndose, y habia recibido la órden de pasar á Valencia al efecto: sabe Cabrera de antemano este movimiento, y de improviso cae en el Pla del Pou sobre dicha columna y la ataca con el mayor denuedo, destrozándola completamente. La victoria envalentonó á los carlistas, que ejercen contra sus contrarios una mortandad horrorosa. Muy pocos son los soldados que llegan á Valencia. El grueso todo de la columna con sus oficiales cae en poder de Cabrera, que se prepara con ellos á una fiesta propia de su carácter, y que la pluma se resiste á escribir.

»Fuera del pueblo de Burjazot, y á tres cuartos de hora de Valencia, se eleva una pequeña colina que domina el llano regado por el Guadalaviar: Cabrera, vencedor, prepara un gran festin con el grande objeto de celebrar á la vez la victoria conseguida en el Pla del Pou y el cumpleaños de D. Cárlos. En este opíparo banquete, celebrado á campo de cubierto, los manjares se suceden con abundancia y las libaciones sin interrupcion; la algazara y los vinos ponen colmo al entusiasmo, y la embriaguez empieza á pronunciarse: no conoce límites el gozo descompuesto de los concurrentes. En medio de tanta alegría el ángel de las tinieblas vino á extender sus inmundas alas sobre las mesas del festin y á hacer caer sobre la cabeza de Cabrera una inspiracion infernal: extremécese éste convulsivamente: responde con una sonrisa satánica al llamamiento del averno y... da la órden de que se presenten los prisioneros del Pla del Pou. ¡Qué horror!!! El choque de los vasos, las carcajadas y el canto de la orgía tuvieron por acompañamiento una orquesta de disparos, y al compás de esta música del infierno fueron fusilados por tandas aquellos infelices, sin que uno solo se salvase!... Sus cadáveres formaron una pirámide que insultaba á la justicia celeste... ¡Dios recoja en su seno las almas de los mártires y envíe luz y arrepentimiento á los culpables!

Nosotros, sin embargo, á fuer de historiadores imparciales, debemos á la verdad de nuestra crónica una declaracion que nos apresuramos á hacer. Tenemos á la vista la biografía del caudillo tortosino, obra de un distinguido escritor, en la cual se dan antecedentes sobre esta triste jornada, y, entre otras cosas, leemos estas palabras pronunciadas por Cabrera en la emigracion:

«Dada la órden de fusilar los soldados y sargentos, se agolparon muchas gentes en el campamento de Burjazot y pueblos inmediatos, unas para felicitarme por la victoria, otras para saciar su curiosidad. Una música de aficionados estuvo tocando toda la tarde, y los paisanos trajeron vino, agua y comestibles. Yo comí un bocado y bebí un vaso de agua, no recuerdo si con azúcar ó un poco de vino; si estando bueno apenas lo probaba, entónces ménos, porque los facultativos me lo prohibieron á causa de mis heridas. Miéntras esto sucedia, se fusilaba á los oficiales y sargentos, y de esta casualidad han sacado mis enemigos para decir lo que han dicho. Esto es lo mismo que acontece cuando un reo está en capilla ó sufriendo la muerte, miéntras su juez se halla en el teatro ó en alguna diversion; y sin embargo nadie hará cargo al juez ni le llamará cruel. Como de un teatro á un campamento militar hay gran diferencia, si á mí se me apellida tigre y verdugo, con más razon lo será un juez que se halla en dicho caso: yo fusilé estando en mi derecho, pero sin esa complaciencia y demostraciones que me han atribuido. Era la guerra á muerte, y los prisioneros lo fueron sin condiciones; y lo mismo podia fusilar á los oficiales y sargentos que á los soldados, ó al menos quintarlos ó diezmarlos; pero me resistia á derramar tanta sangre española, á pesar de que á mis voluntarios no se les daba cuartel. ¿Se queria que yo faltase á las órdenes de mis superiores é hiciese prisioneros á todos cuando á los mios se les mataba? ¿Y mi madre? ¿Hubo piedad para mi inocente madre? ¿Y los prisioneros carlistas de la ciudad de Bar-

celona? ¿Y los enfermos quemados vivos por las partidas de peseteros? ¿Y los heridos de Cantavieja degollados en sus lechos? ¿Y la muerte de todos los individuos de mi ejército que caian en poder del enemigo? Dígame V., ¿podia no acordarme de todo esto y mucho más? Harto hice en olvidar mi promesa de Valderrobles y perdonar á las tropas despues de una victoria que tanto lisonjea á un general, y á un general de treinta años de edad, y que se le presenta ocasion de vengar ofensas y resentimientos.»

Hemos expuesto imparcialmente todos los datos que poseemos sobre el sacrificio de los prisioneros de Burjazot; al lector toca apreciar en su rígida exactitud este suceso de triste memoria.

CAPITULO III.

Año 1837.—Nuevos hechos de armas de Cabrera.—Expedicion de Don Cárlos.—Victoria de Cabrera en Cherta.—Acompaña la expedicion del Pretendiente.—Retírase éste de las puertas de Madrid.



Muy triste pero muy grande, nada envidiable pero casi universal, era ya la reputacion de Cabrera. En el campo de D. Cárlos, especialmente, su nombre era pronunciando con veneracion, y los hombres previsores que columbraban un término muy funesto á la guerra de Navarra, volvian con amor sus ojos hácia el caudillo del Maestrazgo, fijando en él sus más dulces esperanzas. El gobierno de la Reina por otra parte, habia llegado á entender lo que durante mucho tiempo se habia obstinado en ignorar; comprendió, por fin, que en Cabrera habia una centella del genio; que su carácter era completamente distinto de la idea que en un principio se formara de él; que eran, en fin, precisas fuerzas muy considerables para batirle. Los generales San Miguel, Azpiroz y Palarea le habian perseguido sucesivamente y derrotado en muchos encuentros: no bastaba eso; era preciso un batallon en cada garganta, una brigada en cada desfiladero, una guarnicion en cada pueblo. A esta época era Cabrera ya el segundo general de los que defendian su causa; y su arrogancia, sus temerarias tentativas, sus reiterados triunfos le habian hecho el primer personaje en los campos carlistas. Fué, pues, preciso organizar una grande division que fuese á hostilizarle, y colocarla bajo el mando de un general entendido: Oráa fué escogido al efecto, y hubo, por consiguiente, de partir á su destino.

Fuerza es confesar que el general Oráa fué bien poco afortunado en sus primeras tentativas contra Cabrera, no porque precisamente éste le venciese

en grandes acciones de guerra; pero es constante que rivalizó con él y le hizo huir mas de una vez.

Ocurrian á la sazon graves y lamentables sucesos en la córte de D. Cárlos: despedazada por la lucha encarnizada entre los partidos moderado y apostólico, todo era confusion y desórden. Allí dónde ántes habia un campamento, establecieron una córte con todo su séquito de ambiciones y rivalidades, bajezas y miserias. La fuerza moral de la causa carlista era á la vez minada en la primavera de 1837 por la discordia que reinaba en derredor del Pretendiente y por los combinados esfuerzos de nuestros ejércitos de operaciones.

En medio de esta dislocada situacion prevaleció en los consejos de D. Cárlos la opinion de los que estaban por avanzar, y quedó acordada la grande expedicion del Pretendiente. Diez y seis batallones, diez escuadrones y dos piezas de artillería, todo un ejército de empleados y gente advenediza, y á la cabeza de ellos el fanático D. Cárlos, pasan el Arga el 15 de Mayo.

Desde luego esta expedicion se inaguró bajo tristes auspicios. La accion de Huesca, de tristes recuerdos para las familias de Leon é Iribarren, estuvo á pique de ser funesta á las armas de D. Cárlos. El paso del Cinca fué marcado con un gran descalabro; los campos de Grá fueron testigos de una horrorosa derrota. No habia esperanzas de apoyarse ni hacerse fuertes sobre Cataluña, y fué preciso avanzar sobre Valencia. Pero habia un grande obstáculo que vencer: habia que pasar el Ebro, cuyo caudaloso rio presentaba dificultades mucho mayores que el Cinca: sin embargo, no era posible retroceder.

En este momento dos generales enemigos marcharon á la vez por líneas convergentes, con designios diametralmente opuestos y con toda la rapidez posible: ambos se dirigen á Cherta, el uno para oponerse, el otro para favorecer el paso de la expedicion. Ambos llegan al mismo tiempo y están ya el uno frente al otro. El general Borso di Carminati lleva una magnífica columna: Cabrera está allí con Forcadell y los suyos: acométense con encarnizamiento, luchan con desesperacion, y mientras tanto la expedicion pasa tranquila el Ebro y continúa su marcha sin obstáculo. Cabrera, con este brillante hecho de armas, abre al Pretendiente la puerta de sus nuevos Estados, y adquiere desde entónces un nuevo incremento de influencia, reputacion y preponderancia en el cuartel general de D. Cárlos.

Pero volvamos un poco la vista atrás y recorramos, aunque rápidamente, los hechos más notables de Cabrera ántes de tomar parte en el paso del Ebro.

El caudillo tortosino y Forcadell sitiaban el fuerte de San Mateo, cerca de la Plana. Hubiera indudablemente autorizado con su presencia y sellado con su nombre la reconquista de Cantavieja, ocurrida aquellos dias, si hubiera podido separarse del sitio; pero una reunion de circunstancias favorables pusieron colmo á sus deseos, y Cabañero, con su segundo Aznar, entraron en Cantavieja el 23 de Abril con una fuerza de 500 hombres. Cabrera, sin abandonar su empresa de San Mateo, vió caer en manos de sus tropas esta plaza, cuyos resultados materiales fueron multitud de fusiles, cañones, cartuchos y prisioneros, y cuyas importantes consecuencias se hicieron sentir despues de una manera considerable.

El general Oráa vino desde Valencia á Castellon, atraido por el sitio de San Mateo, cuya situacion era desesperada, segun parte dirigido por el comandante general del fuerte al general Borso, situado en Castellon. Al llegar Oráa á este punto, y al conocer el estado del frerte, emprendió y forzó su marcha hácia él á la cabeza de 400 infantes y 400 caballos. Cabrera, que para la seguridad de sus planes se habia colocado á igual distancia entre Cantavieja, próximo á ser tomada por Cabañero, y San Mateo sitiado por Forcadell, comprendió, al recibir la noticia de la aproximacion de Oráa, cuán importante era dar cima á uno de aquellos dos sucesos para poder reforzar con su presencia el último punto que lo exigiese. La noticia de la rendicion de Cantavieja, vino á sacarle de este apuro, y desde entónces se le vió dedicarse exclusivamente á San Mateo. Oráa no habia llegado todavía: los sitiadores continuaban sus operaciones con el mayor ahinco, miéntras que la plaza se resistia fuertemente. El 1.º de Mayo se observó que por las troneras de la batería de Santo Domingo bajaban unos soldados con fusiles y fornituras: eran veinticuatro con un oficial, llamado D. Francisco de Paula Cordero, que se pasaban á las filas carlistas; mas viendo Cabrera que otros muchos seguian descolgándose, mandó que, valiéndose de la misma cuerda, subiera Pons á la cabeza de alguna gente. Verificóse así, y el convento se entregó casi sin resistencia. Poco tiempo despues, la villa entera estaba en poder de Cabrera, y salpicada por torrentes de sangre española. Los valientes milicianos, apoderados como último atrincheramiento de la torre de la antigua casa de los Templarios, solo se rindieron cuando vieron los preparativos de incendiarla. La historia de Cabrera presenta aquí una página empapada en sangre. Sea por la excesiva resistencia de los milicianos y oficiales del ejército, sea porque entre ellos se encontraba alguno que habia contribuido á la muerte de Corbaci, sea, en fin, porque Oráa se aproximaba, ello es que su ánimo estaba tan irritado, que al llegar al Cinca los individuos de cuerpos francos, todos los oficiales y milicianos fueron muertos á bayonetazos en los fosos, mientras las tropas carlistas oian misa en la plaza. En un diaro carlista, sin embargo, leemos que cuando el general supo el género de muerte que se les daba, mandó suspender la ejecucion, y que los que quedaban vivos fuesen pasados por las armas.

Oráa no supo el desastre de San Mateo hasta once horas despues de haber salido de Castellon.

Muy triste era la situacion de este general en el momento á que nos referimos: los puntos fortificados que ocupaban las tropas de la Reina, muy débiles todos ellos, apenas podian oponer resistencia á las tentativas de las tropas carlistas, que envalentonadas con los recientes triunfos y dirigidas por la inteligencia de su caudillo, los atacaban todos sucesivamente. Así que fuéle á Oráa preciso cercenar su ejército, distribuyendo una buena parte de sus tropas en guarniciones y columnas volantes. Eran plazas de depósito, Morella en el centro del país enemigo; Peñíscola, Murviedro, Teruel y Alcañiz eran la circunferencia; y principales puntos fortificados, Vinaroz, Benicarló, Villafamés, Castellon, Lucena, Segorve, Mora de Rubielos

Montalvan, Cariñena, Torre-Velilla, Calanda, Caspe, Muella, Gandesa y Mora de Ebro. Operaban en Aragon y Valencia, Oráa, Nogueras, Abecia y Borso, con un total de diez y ocho batallones y diez escuadrones. Morella, centro de las operaciones, llamaba muy particularmente la atencion de Oráa, ya porque era preciso abastecerlo grandemente, ya tambien porque era indispensable reanimar en su recinto con una accion notable el decaido espíritu de los soldados, atacados en su moral por los recientes triunfos conseguidos por el enemigo en Buñol, Pla del Pou, Burjazot, Cantavieja y San Mateo.

Retrocedamos ahora un momento y fijemos un poco la atencion sobre el gran servicio prestado por las tropas de Cabrera al Presidente en el paso del Ebro. Las autoridades de Tortosa habian mandado conducir á esta ciudad todas las lanchas que habia en Cherta, Tibeñs y otros pueblos. Borso recibió órden de quemar todas las que hubiesen fondeado en Cherta: apoderado así del rio, presentaba una enorme dificultad al paso de la expedicion; pero Cabrera, con la rapidez de su imaginacion y con la inflexibilidad de su voluntad, se apoderó en San Cárlos de la Rápita de algunas lanchas conducidas por tierra sobre grandes carretones y rodillos: llegaron á Cherta el 28 de Junio. Borso no habia aún salido de Tortosa, á fin de que Nogueras no pudiese reunírsele; Cabrera mandó á Pertegaz apoderarse de los desfiladeros llamados Armas del Rey, y defenderlos hasta morir.

Era el 29 de Junio. Lo escabroso del camino y los esfuerzos de Pertegaz impidieron llegar á tiempo á Nogueras, que se dirigió á Gandesa: rotas las hostilidades entre Borso y Cabrera, la lucha fué encarnizada y sangrienta. En aquella mañana habia llegado la columna expedicionaria, y los soldados de Cabrera, excitados por la palabra de su jefe, y deseando distinguirse á los ojos de su Rey, que contemplaba la accion, hicieron prodigios de valor: Borso, abandonado de Nogueras, tuvo que emprender su movimiento retrógado: Cherta quedó en poder de Cabrera y libre el paso del rio, á la expedicion de D. Cárlos. Entónces pasa Cabrera al otro lado á besar la mano de su Rey y á ofrecerle de nuevo su lealtad y servicios: recíbele el Pretendiente con las mayores muestras de deferencia, le colma de favores, y aquel mismo dia le nombra caballero de la órden militar de San Fernando. Aquel mismo dia tambien pasó la expedicion, á la derecha del Ebro, en medio de las músicas, del regocijo y de la satisfaccion general, y el dia 3 de Julio vino á recompensar los esfuerzos de Cabrera el nombramiento de comandante general de los reinos de Aragon, Valencia y Murcia.

La presencia de D. Cárlos, á la par que contrariaba los designios de Cabrera y echaba por tierra gran parte de sus planes, vino tambien á inspirarle el pensamiento de la conquista de Valencia. Efectivamente, se puso sitio á Castellon de la Plana, y se levantó sin ventaja alguna, y despues de dar un rodeo por la sierra Calderona, vinieron todas las fuerzas reunidas á situarse á las inmediaciones de Valencia, sentado D. Cárlos sus reales en Burjazot, esperando tres dias á que la traicion le abriese las puertas de la ciudad. No tuvo esto efecto, porque Valencia fué socorrida por Borso, y poco despues por Oráa, quienes no contentos con prestar proteccion á la

ciudad, salieron juntos á desalojar al enemigo del rico país que ocupaba. Alcanzáronle, efectivamente, en los campos de Chiva, ocasionándole considerable número de muertos, heridos y prisioneros.

Cabrera, entónces, más que nunca hizo brillar su genio, su movilidad y toda la energía de su carácter activo, para distraer las fuerzas que hostilizaban al Pretendiente. Descendió otra vez á la Plana; sitió á Lucena y amagó á Gandesa é hizo cuanto en fuerzas humanas era posible. No faltó quien interpretase estos esfuerzos de Cabrera como otros tantos medios de acrecentar exclusivamente su popularidad: quizá no vaya muy engañada la suspicacia de los que tal sostuvieron, pero es lo cierto que la expedicion del Pretendiente tuvo no poco que agradecer á las bien combinadas operaciones de Cabrera. Vemos, por fin, á D. Cárlos abandonar aquel terreno y dirigirse hácia Madrid, flanqueado por Espartero á la derecha y Oráa á la izquierda. La columna de Zariátegui, que andaba á la sazon en Castilla, recibió la órden de venir á reunirse con el Pretendiente, así como Cabrera con sus fuerzas. La triste jornada de Herrera y Villar de los Navarros, en que, contra toda prevision, fué batido y derrotado el general Buerens, vino á protejer grandemente el movimiento carlista.

Efectivamente, pocos dias después, D. Cárlos con su ejército estaba á las puertas de Madrid: Cabrera formaba la vanguardia: sus avanzadas llegaban hasta Vallecas. Siempre el primero, siempre el más arrojado, Cabrera hacia ver sus tropas desde el centro de Madrid mismo, y su actitud amenazadora parecia desafiar el denuedo de la guarnicion y el entusiasmo de los habitantes de la córte.

Muy escasa era aquella, en verdad; pero la Milicia Nacional, el pueblo todo estaba decidido á desplegar cuanta energía y arrojo fuese preciso para defender á todo trance el trono de Isabel II y la Constitucion. No podemos nosotros calcular con seguridad hasta qué punto las fuerzas existentes en Madrid hubieran llevado su preponderancia sobre las del Pretendiente; pero sí podemos asegurar, sin temor de ser desmentidos, que si el ataque que parecia tan inminente hubiese tenido lugar, el pueblo y la guarnicion de Madrid, y la Milicia Nacional sobre todo, hubieran conquistado laureles inmarcesibles de gloria y una de las páginas más resplandecientes de la historia de los hechos contemporáneos.

«Los altos secretos de la Providencia son inescrutables», dicen las divinas letras, y pocas veces quizá se ha demostrado con más claridad el gran fondo de verdad que se encierra en estas palabras. La situacion del Pretendiente se hacia cada vez más crítica por momentos. Espartero se acercaba rápidamente: sus avanzadas estaban en Alcalá de Henares. Cada hora que pasaba daba á los madrileños, no solo la conciencia de su poder, y por consiguiente más valor y decision, sino tiempo para combinar y plantear, aunque muy rápidamente, su plan de defensa. Las hostilidades, pues, por parte del Pretendiente se hacian á cada minuto mas difíciles.

Y sin embargo, la Europa entera contempló á D. Cárlos á las puertas de Madrid durante dos dias enteros, sumido en la más completa inaccion,

sin pensar nada, sin resolver nada absolutamente. ¿Esperaba, por ventura, este Príncipe iluso, que el pueblo de Madrid, verificando uno de esos movimientos de reaccion interiores, se pronunciase en su favor, le abriese las puertas y le disputase su municipalidad para hacerle entrega de las llaves de la ciudad? Sobrado autorizados estamos para creer que estos pensamientos no estaban infinitamente lejos de la mente de D. Cárlos: tanto habian llegado á apoderarse de su ánimo los fanáticos, que durante mucho tiempo se habian esforzado en demostrarle con los colores más risueños la disposicion de ánimo en que se encontraba el país entero y Madrid mismo. D. Cárlos creyó que al aproximarse á Madrid le esperaban sin el menor retardo una de esas entradas triunfales que han señalado la dominacion de otros Monarcas del mundo: pero la suerte adversa le hacia encontrar con un pueblo todo en armas, un bosque de bayonetas y una disposicion de resistir hasta el último momento. Cabrera, durante este tiempo de mortal espera, se consumia en impaciencia, y mil veces propuso la entrada á viva fuerza: su carácter indómito, su genio estremadamente guerrero, no le permitian conformarse con tener los brazos cruzados á las puertas de un pueblo que habia venido á conquistar. Si Cabrera hubiera penetrado en Madrid hubiese sembrado el luto y la desolacion por todas partes, y sus pasos en la capital de España hubieran dejado huella de sangre que solo la sucesion de muchos años hubiese podido borrar. Allá en lo Alto, sin embargo, estaba dispuesta otra cosa, y de repente dió D. Cárlos la órden para retirarse.

Semejante resolucion difundió en las filas del Pretendiente el más grande desaliento. Al alejarse de las puertas de Madrid, todo el mundo comprendió que abandonaba un suelo que no volveria más á pisar. Espartero le persiguió en su retirada hasta mas allá del Ebro, que no debia repasar nunca. El despecho de Cabrera, al ver la resolucion de D. Cárlos, no tuvo límites; y abandonando la expedicion, maldiciendo las malas artes de una córte llena de ambiciosos intrigantes, y tan impropia de las circunstancias, recogió su gente y regresó á su antiguo terreno para volver á operar segun su antiguo método.

Desde esta época, Cabrera marchaba independiente, sin inspiraciones de nadie, sin órdenes superiores de ninguna especie: sus actos, pues, le pertenecen exclusivamente y quedan bajo su personal responsabilidad.

A principios de 1838, las fuerzas de Cabrera se componian de diez y seis batallones, nueve escuadrones y un parque de artillería de catorce á diez y seis piezas. Faltábale una marina, y hasta á ésta se estendió su carácter emprendedor: creó una especie de escuadrilla compuesta de algunas lanchas pescadoras y dos laúdes; dando el mando de estas fuerzas navales á su padrastro, de cuyos conocimientos prácticos en la costa esperaba él grandes resultados. Y así fué en verdad: á los pocos dias, la escuadrilla acometió á los barcos mercantes y al buque correo que iba de Valencia á Tortosa, y sosteniendo un combate de tres horas, logró apoderarse en los Alfaques de tres barcas valencianas, cargadas de harina, arroz, habichuelas, cáñamo, seda y azafran, causando grandes averías, matando ó hiriendo á los

que las defendian. Este rico botin bastó á reembolsarle de los gastos ocasionados por el armamento de la escuadrilla.

La ausencia de Oráa, que perseguia al Pretendiente, le permitió explotar de nuevo las abundosas márgenes del Júcar y del Guadalaviar, y reconcentrarse con doble fuerza sobre su idea favorita: la conquista de Morella.

CAPITULO IV.

Año de 1838.—Sitio y toma de Morella por Cabrera.—Preponderancia de éste.—Junta de gobierno.—Sitio de Morella por Oráa.—Levanta este general el sitio.—Sorpresa en la huerta de Valencia.—Victoria de Cabrera en Morella.—Muerte de Pardiñas.



Hemos dicho que Cabrera, retrotrayendo todo su pensamiento y toda su energía hácia Morella, volvia á esta plaza, bloqueada muy ligeramente por algunas tropas carlistas. Limitábase en estar en observacion, sin acometer por entónces la árdua empresa de dar un asalto, cuando de repente se presenta en el campo de Cabrera un artillero de la plaza, que, conocedor práctico del terreno y de las circunstancias, venia á ofrecerle al caudillo carlista, garantizándole con su vida, no solo la toma del castillo, sinó de la plaza. El subalterno con quien primeramente se vió el artillero, desechó la proposicion por irrealizable; mas Cabrera, á quien vino despues, la acogió y dió órden para que todo se preparase al efecto, prometiendo recompesar largamente al artillero que debia dirigir la empresa y á los primeros que quisiesen tomar parte en ella.

En la noche del 25 al 26 de Enero de 1838, entre una y dos de la mañana, veinte hombres decididos se acercaron silenciosamente al sitio designado: arrojaron una escala; el artillero iba primero, Alió iba el segundo, y sucesivamente los demás: llegaron así hasta la plataforma, donde el artillero mató al único centinela que la guardaba; sin perder momento se apoderaron del cuerpo de guardia, encerrando á los soldados en sus mismos dormitorios: el castillo estaba en su poder. Un valiente oficial, jóven de 18 años, con treinta hombres salió á dar parte al gobernador; cuando éste vino, seguido de todas las fuerzas disponibles, era ya tarde. Las puertas del castillo estaban cerradas y fué recibido á los gritos de ¡viva el Rey! ¡viva Cabrera! acompañados de un fuego horroroso de granadas de mano, tomadas por los invasores en los almacenes del castillo.

Pocas horas despues, el gobernador de Morella salia con 200 hombres y se retiraba á Forcall, miéntras que las tropas carlistas se apoderaban de la plaza entera.

En aquellos mismos dias, Cabrera, con su infatigable actividad, habia puesto sitio á Benicarló; el formidable fuerte de esta plaza se defendió de una manera extraordinaria, guarnecido solo por 52 hombres: hubo, sin embargo, que hacer capitulacion, siendo encargado de ella el bizarro teniente del provincial de Leon, D. Manuel Quiñones. El 27 se apoderó Cabrera de Benicarló, donde supo la rendicion de Morella. Muy grande fué su gozo con esta importante nueva: tomó sus disposiciones para la conservacion de Benicarló, y despues de haber intentado la sorpresa de Vinaroz basada en la traicion de un oficial del ejército, sin que arrojase resultados, se dirigió á Morella, donde llegó el 31 de Enero, haciendo una entrada verdaderamente triunfal, en medio del pueblo, animado de un entusiasmo sin límites.

No en vano miraba Cabrera la conquista de Morella como la más importante, al ménos por entónces: esta victoria fué seguida de otras muchas, entre las que se cuentan la toma de Calanda y Alcorisa, en Aragon; brillantes hechos de armas que hubieran dado á Cabrera una inmensa reputacion si no los hubiera manchado con indelebles hechos de sangre: su ferociad, su rigor implacable, eclipsaban constantemente los grandes rasgos de aquel genio, que de otro modo hubiera mirado atónito el mundo: los prisioneros de Herrera y Benicarló empañaron con su sangre la gloria de su verdugo. Dueño absoluto Cabrera, fundó allí una especie de Gobierno por medio de una Junta compuesta en su mayor parte de eclesiásticos, pertenecientes al partido extremo apostólico, bajo la direccion del jóven y fogoso Ministro Arias Tejeiro. Cabrera dió grande extension á sus fábricas de fundicion de Cantavieja, estableció otra de pólvora y fusiles en Mirambel, y acrecentó en gran manera su artillería, municiones y material de guerra. Al mismo tiempo afectaba rodearse de todo el lujo de un gran general: grande Estado Mayor, caballos de precio, ricos y vistosos trajes, bordados y brillantes de gran valor: nada escaseaba para fascinar con una apariencia de grandeza. No sólo se rodeaba de entendidos oficiales, sino que se contaba en su séquito tal cual extranjero de alta valía, atraido á su campo bajo el falso rumor de una gran causa.

Cabrera en sus actos rara vez reconocia superioridad por parte de la Junta, y ni con el mismo D. Cárlos: sucedióle fusilar un cura, á pesar de las representaciones de la Junta; y reconvenido por el Pretendiente, contestó: «He fusilado un mal ladron: antiguamente hubiera sido sacrificado segun el estilo de la época: yo lo he hecho pasar por las armas. V. M. sabe que, cambiando los tiempos, se cambian las costumbres.»

Hemos llegado á uno de los períodos más importantes de la guerra civil: hemos llegado al momento de ocuparnos del *sitio de Morella*. Estas dos solas palabras bastan para recordar á nuestros lectores una de las páginas más sangrientas de nuestras discordias, y multitud de familias lloran aún

tantas y tantas pérdidas como entónces esperimentó la madre patria. El sitio de Morella no era entónces considerado como un hecho aislado, cuyas consecuencias debieran quedar circunscritas á las provincias de Aragon y Valencia: este cerco, por el contrario, formaba parte de un vasto plan combinado desde largo tiempo por el Gobierno de S. M., con el fin de dominar la guerra carlista y marcar un plazo próximo á su conclusion. En Navarra se debia atacar á Estella, real de D. Cárlos; á Berga en Cataluña, á Cantavieja en Aragon, y á Morella en el Maestrazgo, todo á un tiempo. La espectacion de la Europa entera se habia fijado en las operaciones. El general Oráa iba de un momento á otro á emprender sobre esta plaza, porque indudablemente, el triunfo de una de las dos causas en cuestion dependia en gran manera del éxito de esta empresa.

Nosotros quisiéramos poderla tratar con toda la extension que su importancia reclama, pero son demasiado limitadas nuestras páginas para poder llenar nuestros deseos Habremos pues, de reducirnos á un breve extracto, que podrá sin embargo, dar una idea justa del memorable hecho de armas de que nos ocupamos.

Por disposicion del general Oráa se hicieron los acopios necesarios de boca y guerra, así como de los precisos recursos pecuniarios. Aprestaron en Alcañiz 5.000 raciones, y la ciudad de Valencia hizo al general Oráa un donativo de 20.000 pesos fuertos. Dicho general, despues de haber circulado una proclama á los habitantes de Aragon y Valencia, otra al ejército y otra á las huestes de Cabrera, emprendió su marcha hácia Murviedro, Gérica y Teruel, llevando sus fuerzas organizadas de este modo: el general Borso di Carminati, á la cabeza de la primera division; el general Pardiñas, á la de la segunda; el general D. Santos San Miguel, á la de la tercera; el brigadier D. Angel Nogués, mandaba la reserva; y D. Pedro Perina, la del Alto Aragon. Era comandante de caballería D. Bartolomé Amor, y de artillería el coronel teniente coronel del arma D. Juan Vial. Constaba este cuerpo de ejército de veintitrés batallones, de doce escuadrones y de veinticinco piezas de artillería de diferentes calibres.

Cabrera habia dividido sus fuerzas de la manera siguiente: exteriores, compuestas de catorce batallones, seis baterías y doce piezas de artillería de pequeño calibre. Era jefe de línea el general Conde de Negri, y madaban las fuerzas los generales Forcadell, Arnau y Merins. En el interior de la plaza se encontraban cuatro batallones, seis compañías y diez y siete piezas de artillería de grueso calibre. Eran gobernadores los coroneles D. Magin Solá y D. Ramon Ocallaghan, el primero del castillo y el segundo de la plaza.

El 24 de Julio salió el general Oráa de Teruel. Desde entónces empieza una série de operaciones en los alrededores de Morella, y de muchas entre las tropas de Oráa y las fuerzas exteriores de Morella, y continúan éstas siendo desventajosas, por lo general, á este último, hasta los dias 12, 13 y 14 de Agosto, en que empezaron á construirse las baterías contra la plaza. El ejército de la Reina hizo prodigios de valor durante todo este tiempo, y es preciso recurrir á las grandes páginas de gloria militar del mundo para encontrar rasgos de

denuedo y heroismo semejantes á los que entónces se presenciaron. Sin embargo, su posicion era en extremo difícil, pues desde el momento en que se acercó á la plaza, puede decirse que no se sabe á punto fijo quiénes eran los sitiados y quiénes los sitiadores. La actividad y energía de Cabrera, su conocimiento del terreno y la falta de recursos en que continuamente se veian las tropas de la Reina, la inmensa resistencia que oponia la plaza, las dificultades naturales del terreno, erizado allí por todas partes, las muchísimas que artificialmente habia añadido el general carlista; todo, en fin, contribuia á hacer extremadamente difícil esta terrible jornada militar.

Por último, el dia 15 al anochecer, despues de haber declarado los jefes de artillería é ingenieros al general en jefe que la brecha estaba practicable, se dió el asalto. Marchaba á la cabeza de las tropas el bravo coronel de Ciudad-Real D. José Ortiz, que habia solicitado este honor y mandaba la primera columna: la segunda, mandada por el teniente coronel mayor Don Cárlos Oxolm, y la tercera á las órdenes del brigadier D. Miguel Mir. Las tropas llegaron hasta la falda misma de la muralla, y acometieron con bravura sin ejemplo, pero todo fué inútil. Al subir á la brecha, despues de vencer dificultades imposibles de describir, aquellos valientes vieron inflamarse ante sus ojos un verdadero volcan que les impedia dar un paso más. Los sitiados habian hacinado inmediatamente delante de la brecha una cantidad inmensa de maderas, restos de edificios destruidos en el interior de la plaza para la fortificacion, y que mezcladas con materias inflamables, presentaron de repente una espantosa masa de fuego, pronta á devorar cuanto se le acercase. El ejército, en presencia de este obstáculo, hubo de retirarse y abandonar por esta vez una empresa que costaba infructuosamente torrentes de sangre. El encono creció por ambas partes con esta tentativa: los sitiadores se retiraron ardiendo en sed de venganza, mientras que los sitiados, cobrando nuevo denuedo, se aprestaron para otra defensa.

El 17, despues de haber allanado los ingenieros algunos obstáculos naturales que se oponian al asalto, se repitió éste con mayor bizarría, si cabe, por parte de ambos contendientes; pero esta vez llegó el general Oráa á convencerse de que era imposible la toma de la plaza á no emplear medios extraordinarios, de que no le era dado disponer; y con el corazon cubierto de luto, vióse obligado á contener el ardor de sus tropas, cuyo entusiasmo se habia cambiado en el mas puro encono, y pedian volver una vez y otra al asalto. Sin embargo, era preciso economizar tanta preciosa sangre vertida sin fruto, y conservar á la pátria las interesantes vidas de tantos esforzados hijos suyos, y el general en jefe dió la órden de levantar el sitio. Se hizo así, en efecto, y el 18 dá Oráa principio á esta retirada, donde desplegó tanto celo, tanta inteligencia, tanto tacto, que hizo de ellos una de las primeras flores de su corona militar. Esta retirada duró hasta el dia 23, en que llegó el general á Alcañiz con la artilleria y tren de sitio.

La saña de los partidos, la envidia de los individuos, la ligereza de la crítica periodística y la poca inteligencia de las masas, lanzaron á la vez sobre Oráa un anatema de maldicion al ver se retiraba del frente de Mo-

rella: puede decirse que, á excepcion de los hombres entendidos y de juicio imparcial, toda la Nacion levantó un grito de indignacion contra el general que se habia retirado ante obstáculos verdaderamente invencibles. La historia, sin embargo, cuyo fallo, á fuer de severo, debe descansar sobre la mas estricta imparcialidad, apreciará la conducta de Oráa muy de otra manera que lo puede hacer la crítica contemporánea.

En tanto que se verificaba la retirada de Oráa, que Cabrera, por razones que no podemos comprender, miró con indiferencia, hacia el general carlista su solemne entrada en aquella plaza que acababa de verse libre de sus sitiadores, merced, en gran parte, á la inteligencia y valor de Cabrera. Entró éste en Morella, recibido por toda la poblacion de rodillas, y el clero con gran gala lo condujo en triunfo bajo el pálio que cobija al Dios del universo. El sitio de Morella, que hizo la admiracion del mundo, produjo en D. Cárlos y en su córte un efecto maravilloso de satisfaccion y júbilo: sus Ministros todos, sus principales generales, cumplimentaron al defensor de Morella, y el Pretendiente mismo le dió las gracias en una carta autógrafa llena de alabanzas, y acompañada de dos altas pruebas de aprecio.

Desde aquel momento, el estudiante que cinco años ántes acaudillaba una miserable gavilla compuesta de unos cuantos hombres armados de palos y malas escopetas, el hijo de un pobre patron de un barco del Ebro, se firmaba ya *Conde de Morella*, era teniente general y mandaba un ejército considerable, organizado por él mismo.

Las consecuencias inmediatas del desastre de Morella, fueron la suspension de los sitios de Berga y Cantavieja, y la produccion de una crisis ministerial en Madrid.

Cuatro dias despues de la retirada de Oráa, y cuando todos creian á Cabrera embriagado en su reciente triunfo, apareció á veinte leguas de allí, á los piés de las murallas de Valencia. Aún no se sabia allí distintamente lo acaecido en Morella, cuando las señoras que estaban bañándose en el Cabañal tuvieron que huir desnudas y despavoridas á la vista de los escuadrones de Cabrera. Valencia cerró las puertas, aterrada, y ni una sola persona salió de la ciudad en tres dias. El espanto se apoderó de la comarca, y la rica huerta fué saqueada de una manera horrorosa. Rebaños, yeguadas, cosechas, dinero, todo cayó sin resistencia en poder de Cabrera, que volvió tranquilamente á Morella con su rico botin, atravesando impávido por entre las columnas de Borso y del general en jefe. Las tropas del ejército volvian á sus antiguos cantones de Murviedro, Teruel, Segorbe, Castellon y Vinaroz, y los pueblos, segun la *Gaceta* de Madrid de 19 Setiembre, seguian ansiosos de saber cómo terminaria la guerra del Maestrazgo.

Pocos dias despues, la fortuna colocaba en la corona ducal de Cabrera un floron mas magnífico, pero completamente empapado en sangre. Habia en el ejército de la Reina un general jóven, valiente, favorecido de la fortuna y rodeado de todo el prestigio que pudiera desear. Su division habia vencido siempre. Tallada y D. Basilio habian sido derrotados por él. Su nombre llenaba el mundo: llamábase el general Pardiñas. Cabrera, jóven tambien

y con una reputacion no menor, no podia tolerar la emulacion de Pardiñas, y deseaba ardientemente medirse con él. El caudillo carlista tuvo noticia de que su enemigo andaba hácia Maella, y con unos 4.000 hombres y 500 caballos sale de Morella para aquel punto. Al amanecer del 10 de Octubre, habiendo sabido Pardiñas, la noche ántes, que Cabrera estaba cerca de él, se avistaron ámbas fuerzas enemigas, y dió principio la accion.

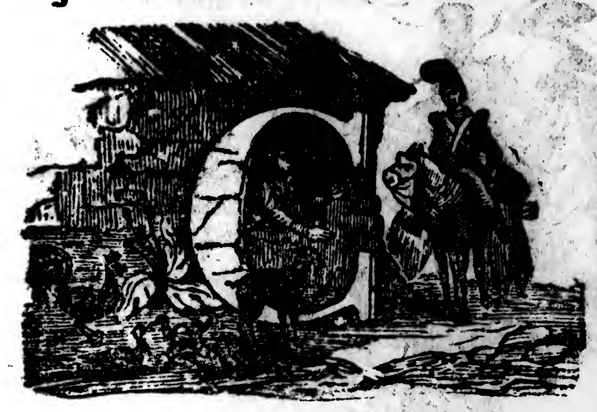


Horrorosa fué ésta y en extremo sangrienta: los generales, con sus respectivos Estados Mayores, se arremetieron repetidas veces: el general carlista desenvainó su sable: el de la Reina se vió precisado, después de muerto su caballo, á defenderse con el fusil de un granadero. Cabrera fué herido en el brazo izquierdo, y el malogrado Pardiñas, sólo y á pié, se vió obligado á continuar un combate desigual; apoyado en un árbol, se resiste, haciendo morde r la tierra á cuantos se acercan para apoderarse de su persona. Cabrera, viendo su heroismo y desgraciado valor, intenta salvar á su contrario, pero fué tarde; su voz no pudo ser oida, y Pardiñas espira atravesado por una lanza. Seis horas duró este combate, y mil cadáveres cubrian el campo: la division Pardiñas fué completamente derrotada, dejando en poder de Cabrera 3.000 prisioneros, entre los que se contaban 92 bizarros jóvenes sargentos, que fueron inhumanamente fusilados por Cabrera.

Afortunadamente, poco tiempo después, se puso término á una parte de estas escenas sangrientas, horror de la humanidad entera. Gracias á los buenos oficios del general Laci Evans, jefe de la legion auxiliar británica, cesaron las famosas represalias entre Van-Halen y Cabrera, y se estableció el canje de los prisioneros. Los eficaces esfuerzos del digno general inglés fueron la causa primordial de esta variacion, y, ¡vergonzoso es confesarlo! un extranjero vino á darnos lecciones de humanidad y filantropía.

CAPITULO V.

Convenio de Vergara.—Sus consecuencias en el campo de Cabrera.—Llega el Duque de la Victoria á Aragon.—Enfermedad de Cabrera.—Es nombrado general en jefe de Cataluña, Aragon, Valencia y Murcia.—El general Espartero da principio á sus operaciones.—Sitios de Segura y Castellote, Morella y Berga.—Entrada de Cabrera en Francia.



uando ya estaban gastadas sucesivamente las reputaciones de todos los generales del ejército que habian operado en el Maestrazgo, llególe su época de desgracia al general Van-Halen, que á su vez fué tambien destituido y reemplazado por el digno jefe de E. M. de Espartero el general D. Leopoldo O-Donnell. Este general, apénas tomó el mando, empezó á disponerse á una vigorosa ofensiva, á cuyas disposiciones respondia Cabrera con otras, por su parte, excesivamente enérgicas. Empezó por extender y reforzar de una manera imponente su línea de fortificaciones: Alcalá de la Selva. Tales, Bejis, Castellote, Chelva, Chulilla, San Mateo, Calig, Benicarló, Uldecona, Flix, Mora de Ebro, Castell Fact, Torre de Castro, Villarluengo, Arés, Culla y Beteta, fueron sucesivamente fortificados, y daban á la guerra del Maestrazgo un carácter formidable. Porcion considerable de escaramuzas y hechos de armas, favorables unas y desventajosas otras á las armas de Cabrera, se sucedieron hasta el mes de Agosto de 1839, época en la cual tuvo lugar en las provincias Vascongadas el memorable Convenio de Vergara, golpe mortal para la causa carlista. El 2 de Setiembre tuvo Cabrera noticia de este importante suceso. Difícil, casi imposible seria explicar el furor que se apoderó de su espíritu al saber lo que él llamaba la traicion de Navarra: se paseaba frenético por su habitacion, profiriendo palabras que retrataban bien al vivo el estado de su alma. Esta lucha interior, sin embargo, no fué de larga duracion; en medio del sentimiento que le agobia, el caudillo carlista comprende distintamente su posicion y la de su ejército, y sin vacilar toma su resolucion; mas á pesar de todo, no quiere obrar en tan difíciles circunstancias sin esplorar la opinion de los jefes superiores de su ejército, á quienes, reunidos con este objeto, dirigió un sentido discurso haciéndoles conocer su intencion de resistirse á todo trance y batir á O-Donnell.—Sí, mi general, le batiremos, exclamaron todos, y todos juraron de nuevo, acto continuo, morir antes que faltar á la lealtad jurada. El entusias-

mo renació más fuerte en el corazon de aquellos hombres envejecidos en las batallas, y el convenio de Vergara, lejos de enfriarlos, les animó más y más.

Desde luego, terminada la guerra de Navarra, el duque de la Victoria se puso en marcha con su ejército y llegó á Aragon, donde en una entrevista que tuvo en Mianesa con el general O-Donnell, se acordó el plan de campaña que debia adoptarse, y se tomaron disposiciones al efecto. No descuidó Cabrera adoptar las suyas: provisionó á Morella y Cantavieja de una manera extraordinaria, y desplegando cual convenia á las nuevas circunstancias que le rodeaban, una nueva dósis de inteligencia y de actividad, hasta entonces desconocida, se aprestó á la lucha que desde luego empezó en los puntos apartados del centro, desventajosa en su mayor parte á las tropas carlistas.

Así dió fin el año de 1839 y entrábamos en el de 1840, encontrando á Cabrera gravemente enfermo. Nosotros daríamos, si para ello tuviéramos espacio, el detalle de su enfermedad, que es uno de los principales acontecimientos de la vida de Cabrera, y aun copiaríamos, si posible fuese, la relacion histórica que de ella publicaron en Morella, el dia 4 de Febrero de 1840, los médicos de Cabrera D. Juan Pablo Sevilla y D. Simon Gonzalez. Sin embargo, no queremos defraudar á nuestros lectores del conocimiento de esta enfermedad, para lo cual trasladaremos aquí las palabras textuales con que la describe el distinguido escritor D. Nicomedes Pastor Diaz.

«En tanto, Cabrera, dice, á quien nunca habian podido abatir ni vencer afamados é ilustres generales, rendíase al peso de su propia actividad y de los esfuerzos de una naturaleza agotada. Habíale postrado una enfermedad grave que puso en cuidado á todos los que le rodeaban y en peligro su vida. Faltáronle de repente las fuerzas; perdió la energía del pensamiento: desfallecia rápidamente; una calentura lenta le devoraba; se consumia, se moria y no sabia de qué. Cabrera padecia lo que más ó ménos han llegado á padecer los hombres que, recibiendo toda la fuerza del poder de la voluntad, se consagran por espacio de algunos años á una vida de exaltacion y de continuo trabajo, que por algun tiempo sostiene las fuerzas, pero que las devora y las gasta al fin. Cabrera tenia una de aquellas enfermedades de que han sido víctimas tantas existencias revolucionarias. La enfermedad de Cabrera era como la de Masaniello, como la de Mirabeau, como la de Hoche, como la de D. Pedro de Portugal: el cansacio, el fallecimiento. Los cuidados mas asíduos, la asistencia mas esmerada le fueron prodigados para salvarle, y se hacian rogativas públicas para que el Todopoderoso prolongase una existencia tan preciosa á los ojos de los que lo miraban como su salvador. Los que han despreciado á Cabrera y le han tenido por un hombre comun, podian volver los ojos á este período de su existencia, en el cual un gran pueblo y numeroso ejército veia consternado que, el dia de su muerte, Cabrera no tenia sucesor. En aquel inminente recelo de una defeccion, de un convenio, los que rodeaban á Cabrera fijaron con dolor sus miradas en su lecho. Su

»única esperanza, el hombre que los apuros no le desalentaban, que los reveses le engrandecian; el hombre que no podia transigir; el hombre de entusiasmo, del fanatismo y del terror, estaba postrado próximo á perecer y á perecer con él su causa. El hombre que así la representaba, el hombre cuya vida era la de su partido, merecia la importancia que le daban.»

Por este tiempo, es decir, el 9 de Enero de 1840, el Pretendiente, ya emigrado, nombró á Cabrera, desde Bourges, general en jefe del ejército de Cataluña, Aragon, Valencia y Murcia: á tan señalada prueba de distincion por parte de su Rey, apenas pudo Cabrera contestar por encontrarse postrado en la cama y trasladado á San Mateo, donde, á beneficio del mejor clima, esperaba restablecerse pronto. Ello es que la ausencia de Cabrera tenia desconcertados todos los ánimos en los principales puntos fortificados. Habian cesado de imprimirse los *Boletines* de Morella y por esta razon apénas encontramos, á partir de este momento parte alguno oficial de las operaciones del ejército carlista: tal era el desaliento y confusion que habia producido la ausencia del general. Tenemos pues que recurrir á las *Gacetas* de la época, donde encontrámos los partes del duque de la Victoria.

En el mes de Febrero habia éste dado principio á sus operaciones, y el 23 se encontraban frente á Segura: cuatro dias duró este sitio, y en la *Gaceta* núm. 1942 encontrámos un parte del Duque de la Victoria, en el que da el análisis de las operaciones practicadas, y concluye hablando de los sitiados en estos términos: «En la mañana de hoy, conociendo inútiles todos sus esfuerzos, viendo próxima la hora de abrirse la brecha y la disposicion del asalto, me pasaron la capitulacion: mi contestacion fué verbal y reducida á que se entregasen á discrecion, ofreciéndoles las vidas, que de otro modo perderian en el asalto; y despues de nuevas contestaciones les permití, usando de generosidad, que salvasen sus equipajes. Concedido un breve término para recogerlo, mandé piquetes que se posesionaran del castillo, y la guarnicion enemiga salió escoltada.» Diez y siete oficiales con el gobernador á la cabeza, y doscientos setenta y cuatro hombres, constituian la guarnicion de Segura: todo su armamento, seis piezas de artillería, ocho mil cartuchos, veinte y cinco quintales de pólvora, mucho balerío y efectos de guerra, y abundantes repuestos de víveres, todo cayó en poder del Duque de la Victoria.

Este habia resuelto fijar sus reales acto continuo en Castellote, á cinco leguas de Alcañiz; pero un horroroso temporal de lluvias y vientos lo impidió por el momento, y no pudo darse principio á este nuevo cerco hasta el 21 de Marzo. Duró este hasta el 25, dia en que pidieron capitulacion los sitiados, la que les fué concedida en los mismos términos que en Segura. Segun la *Gaceta* núm. 1990, tuvo el ejército de la Reina 207 bajas en este cerco, y se dispararon contra el castillo tres mil cuatrocientos cuatro proyectiles. Espartero, al terminar su parte el mismo dia, dice: «La defensa de Castellote ha sido la más obstinada de cuantas ofrece esta sangrienta lucha.»

Mientras tanto que esto pasaba en los fuertes carlistas, y aun bastante

tiempo despues, la enfermedad de Cabrera, no sólo no disminuia, sino que hacia progresos considerables hasta el punto de hacerle pedir los Santos Sacramentos: Mora de Ebro, pueblo donde él se habia hecho conducir para curarse, estaba circunvalado por las tropas de Zurbano y las del Conde de Belascoain, de suerte que la situacion del caudillo carlista era en extremo crítica.

Llegamos al sitio de Morella, que nos vemos precisados á referir muy ligeramente. El 19 de Mayo salió el Duque de la Victoria de la Pobleta, tres leguas de Morella, y un fuerte temporal le obliga á acampar sus tropas: la division del Conde de Belascoain vino á ocupar la ermita de San Márcos, distante hora y media de la plaza: la tercera permanecia en la parte opuesta á una hora de Morella: la cuarta en el Orcajo á cuatro horas. Desde este dia principiaron las operaciones del bloqueo, que se suceden hasta el 30, dia en que el teniente de rey de la plaza, D. Leandro Castilla, pide capitulacion al general sitiador: acuérdasela Espartero, y concede la vida á los sitiados. En efecto, se rinden, en consecuencia, á discrecion las guardias de la plaza y castillo, y caen en poder del Duque de la Victoria sobre dos mil quinientos prisioneros, calculándose en tres mil las bajas habidas en la guarnicion. La posesion de Morella por las tropas de la Reina forma la última página de la historia en la guerra del Maestrazgo.

La dilatada cuanto rebelde enfermedad de Cabrera, que le tenia trasformado hasta el punto de ser desconocido de los suyos; los multiplicados reveses que sucesivamente habian sufrido las tropas de D. Carlos; el desaliento, en fin, que empezaba á apoderarse de los soldados de Cabrera, tenia á éste sumergido en grande abatimiento, si bien conservaba todavia su fibra mucha de su antigua energia. Era preciso, pues, y tenia resuelto poner el sello á sus campañas, haciendo el último esfuerzo; y al efecto se decidió á abandonar el Maestrazgo y trasladarse á Cataluña. El dia 1.° de Junio pasó el Ebro, el 8 llegó á Berga. Segun detalle digno de fé, que tenemos á la vista, existian en Berga, á la llegada de Cabrera, 249,542 cartuchos de fusil, 140 arrobas de pólvora, 60 de salitre, 420 de azufre, 6,239 pares de alpargatas, 64,653 raciones de galleta, 30,232 de arroz, 28,870 de trigo pelado, 42,007 de avichuelas, 1,870 de fideos, 59,444 de tocino, 27,654 de aceite, y 42,544 de aguardiente. De momento en momento se aproximaba para los carlistas la hora de batallar por última vez. El Duque de la Victoria llega, por fin, al frente de Berga con un numeroso y triunfante ejército. Corta, pero horrible y desastrosamente sangrienta, fué la lucha, que se terminó el dia 4 de Junio de 1840; y el 6 del mismo mes, el caudillo carlista, extenuado de fatiga, aunque ciego de cólera, entró en Francia por Palau, pueblo enclavado en la frontera, acompañado de Forcadell, Llangostera, Burjó, Labandero, Añon, Arnau, Franco, Valls y otros jefes, de cuatro mil setecientos infantes y de trescientos caballos: esta fuerza, llorando la pérdida de su causa, fué entregada á la gendarmería francesa.

CAPITULO VI.

Emigracion de Cabrera.—Ligeros detalles sobre su última campaña en Cataluña.



Empieza desde esta época el periodo de la emigracion de Cabrera: oscuro para nosotros y de poco interés para la biografía del jefe carlista, no hay para qué molestar con él la atencion de nuestros lectores. Nos ocuparemos, pues, nuevamente de nuestro héroe desde el año en que dió principio su segunda campaña en Cataluña.

Hallábase Cabrera en Lion cuando estalló la guerra en el Principado, y se asegura que al tener noticia de este suceso, hubo de lamentarse sériamente: Cabrera comprendia que la Nacion española, profundamente resentida todavía de los desastres de la guerra civil, reconocia como su primera necesidad la tranquilidad interior, la paz á todo precio. El caudillo carlista, cuyo espíritu, cuya inteligencia habia cambiado de una manera extraordinaria en los siete años de ostracismo que sucedieron á los siete años de batallas, abrazó toda la extension de este cambio en el sentimiento público de España; y por eso hubo de recibir muy tibiamente las primeras insinuaciones que se le hicieron para que se pusiese á la cabeza de la insurreccion de Cataluña.

Sin embargo, sucesos recientes acaecidos en Europa, y mirados hasta entónces como imposibles, habian, no sólo sobrecogido el ánimo del mundo, sino excitado una fermentacion general. España se habia resentido tambien, y los partidarios de D. Cárlos calcularon que, en la disolucion que amenazaba á la sociedad, el movimiento natural de los españoles seria volver los ojos al jóven Príncipe, representante de la antigua causa carlista, pero dispuesto y aun empeñado por testimonios públicos á respetar ciertas reformas, á acordar ciertas libertades. Por otra parte, los prohombres del bando carlista, alucinados por falsos informes, veian al país al borde de un abismo ilusorio y dispuesto á levantarse en masa en favor del jóven Cárlos Luis, cuya reputacion, abnegacion y generosidad creian ellos universal. En consecuencia, los generales Alzáa y Elío se dirigieron á las provincias Vascongadas; y Cabrera, investido con el mando superior de las fuerzas de Cataluña, penetró en España el 23 de Junio de 1848. Publica

y conocida de todos es la repugnancia con que Cabrera miraba esta segunda campaña, para la que se contaba con tan escasos recursos: sin embargo, se le comunicaron órdenes superiores y no le fué dado resistir. «Voy, dijo, porque el honor y el decoro me lo mandan así; pero tengo el presentimiento de que todas esas esperanzas serán fallidas.»

La noticia de su entrada produjo en España toda, desde las regiones del poder hasta la mas humilde choza, la mas profunda sensacion. No se comprendia que Cabrera se presentase nuevamente en campaña sino al frente de numerosas fuerzas, de grandes trenes; y sin embargo, no sucedió así: Cabrera solo encontró á su entrada en Cataluña algunas bandas, desorganizadas, muy mal armadas, heterogéneas por su orígen político, y por consiguiente poco dispuestas á plegarse bajo el yugo de la disciplina. Cabrera, no obstante, emprendió con admirable energía y rapidez la sorprendente obra de organizar, instruir y hacer maniobrar con tanta habilidad y perfeccion estas masas, que con cinco mil hombres tuvo constantemente en jaque á cincuenta mil hombres del ejército. Las acciones de Aviñó, en que quedó prisionero el Brigadier Manzano; la del Pastoral, en que fué herido Cabrera; la sorpresa de San Lorenzo de Moruñs, en la que se vió su libertad, y aun su vida, en grave riesgo; los sucesos de Pinós, en donde dominó su pensamiento, y otros ménos importantes, bastan á reseñar el conjunto de operaciones emprendidas por el caudillo montemolinista en su última campaña. Habíase esta inaugurado bajo bien funestos auspicios. Alzáa habia perecido en el principio de su tentativa: Elio no se habia atrevido á pasar la frontera, y la fuerte actitud desplegada por el Gobierno, tanto quizá como la indiferencia con que los pueblos miraban la contienda, hacian presentir tristemente sobre el éxito de la intentona carlista. Cabrera veia agotarse sus recursos de dia en dia, disminuir sus fuerzas y desmoralizarse su causa por la defeccion, por la traicion de los mismos hombres á quienes él habia colmado más de atenciones y de quienes tenia más derecho á esperar fidelidad, valor y constancia. Así que, convencido de la imposibilidad de continuar con éxito su tentativa, regresó á Francia el 25 de Abril de 1849, siendo preso en la frontera con el coronel Gonzalez de Ceballos; y despues de esos trámites anexos á la situacion de un emigrado, pasó Cabrera á Inglaterra, entregándose únicamente á la sociedad de sus amigos y á la vida de un simple particular.

Cabrera, en la segunda campaña, se nos presenta bajo un aspecto digno de llamar nuestra atencion. Sus combinaciones, sus operaciones militares, siempre acertadas, siempre sorprendentes, siempre revelando el génio del caudillo que tan célebre habia hecho su nombre en la pasada guerra, no ha sido ciertamente lo mas digno de notarse en los últimos acontecimientos de Cataluña: lo que es más extraño, lo que más debe admirarse, es el prodigioso cambio operado en su caracter durante el período de su emigracion. Al feroz caudillo de otros tiempos, sucedió el general entendido, humano y contemporizador que sabia hacer homogéneos los diversos elementos de su fuerza; que no sólo respetaba las vidas y las propiedades,

sino que además se imponía la más rigurosa justicia en la exigencia de recursos, los cuales nunca excedieron á lo que extrictamente reclamaban las necesidades de la guerra. Su nombre, ántes emblema de terror y de espanto para los pueblos, no representó en la última campaña más que una causa dinástica, imposible, si se quiere, atendiendo el espíritu actual del siglo, pero de ningun modo terrible y amenazadora como en otro tiempo. La causa carlista ha dejado de existir para España: sus partidarios ven con sentimiento deshojarse diariamente la flor de sus ilusiones, y sin duda ellos mismos la consideran, si no muerta, á lo menos agonizante. Si así no fuese, si hubiese aún esperanzas de que pudiese prevalecer, Cabrera, amaestrado por la experiencia, y destinado antes que nadie á hacerla triunfar por su talento, por su energía regularizada, por su génio no solo militar sino tambien administrativo en grado eminente, no hubiera abandonado tan fácilmente el campo de batalla.

En su emigracion al extranjero, y despues de haber permanecido en Lóndres algun tiempo, entabló relaciones amistosas con una familia opulenta de aquella capital, de que resultó contraer matrimonio con la señorita Mariana Catalina Richards, jóven hermosa y poseedora de una renta considerable. La ceremonia del enlace se verificó el dia 29 de Mayo de 1849, primero en la capilla católica romana de la plazuela de Manchester, y despues en la iglesia protestante de San Jorge.

CAPITULO VII.

Estado anárquico del pais.—Nuevo avanzamiento de los carlistas.—Cabrera es nombrado director de operaciones.—Su desagrado en vista de las intrigas é inmoralidad de ciertos hombres que rodeaban á Cárlos VII.—Su manifiesto.—Renuncia el cargo que le confirió el Duque de Madrid.—Retraimiento del antiguo caudillo tortosino.—Desengaños.—Nuevo manifiesto.—Su adhesion al gobierno de Don Alfonso XII.—Su muerte.—Los millones de Cabrera.

Algunos años despues de los sucesos que hemos narrado, los partidos liberales, disputándose el poder, estaban sumidos en la mayor anarquía. Como resultado de tan funesto desacuerdo, ocurrió la revolu-

cion llamada *gloriosa*, que, rompiendo en mil pedazos el trono de Isabel II, puso á España al borde del abismo. En tal estado, el partido carlista, levantóse enarbolando la insignia de guerra que hicieron tremolar los defensores del hermano de Fernando VII. Don Cárlos, conocido bajo el nombre de *El Terso*, publicó en París con fecha 30 de Junio de 1869, un manifiesto, en el cual alegaba sus derechos al trono de San Fernando y prometía adoptar con eficacia las reformas de los tiempos modernos, para constituir la felicidad de los españoles.

Cabrera estaba encargado por don Cárlos de la organizacion del partido carlista, y en efecto, aquel agrupaba elementos, para dar solucion feliz á la causa que defendía. Estando aún en Inglaterra, ocupado en la difícil tarea que le habian encomendado, cierto personaje de Madrid le preguntó por telégrafo:—«¿Qué haceis? ¿Qué esperais?—A lo que contestó:—"Espero el triunfo: hago sumas, mientras otros hacen restas." —Esta respuesta revela el fastidio que en todo tiempo experimentó hácia los que aconsejan desde su casa y lejos de todo peligro, la realizacion de una empresa difícil, para despues ceñir los laureles de la victoria, si no fracasa.

Cabrera supo desde su retiro de Wentworth que don Cárlos se preparaba á invadir el territorio español, de cuya circunstancia no tuvo conocimiento, pues los que le rodeaban creyeron oportuno ocultarlo al antiguo general carlista. Esto y el haberse informado Cabrera de que una nube de cortesanos sin merecimientos acosaban al pretendiente pidiendo honores y empleos, produjo tal disgusto en su ánimo, que no vaciló en manifestar su reprobacion en estos términos: "¿Con qué derecho acusaremos de favoritismo á los liberales? ¿Con qué derecho diremos á los pueblos que el partido carlista llevará la economía á los presupuestos y salvará la Hacienda?"

De ahí las causas poderosísimas que influyeron en el alma de Cabrera, para renunciar la direccion de los negocios políticos y militares del campo carlista. Otra circunstancia ruidosa motivó esta resolucion.

Don Cárlos prometia en su manifesto á los españoles, un sistema cuasi constitucional, y Cabrera, educado en la escuela de la desgracia política, habia estudiado durante su largo ostracismo, los sistemas gubernativos que mejor pudieran convenir á su pátria, con arreglo á las exigencias del siglo, dejando incólume la majestad del trono. En vista del indicado manifiesto que coincidia con las reformas por él proyectadas, dió á luz el célebre documento, que la prensa de todos las matices se apresuró á publicar, y que en resúmen pondremos en conocimiento de nuestros lectores.

1.° Unidad católica.

2.° Independencia de la Iglesia en el ejercicio de su potestad espiritual.

3.° Monarquía constitucional, con dos cámaras de Diputados y Senadores.

4.° Constitucion liberal y adecuda á las necesidades populares.

5.° Independencia de la nacion en el régimen y gobierno de sus asuntos interiores.

6.° Relaciones de comercio y amistad con las demás naciones.

7.° Administracion de justicia recta, imparcial, expedita y económica.

8.° Reformas que abran ancho campo á la actividad industrial y material del país.

9.° Nivelacion de los presupuestos y moralidad en las gestiones de Hacienda.

10. Revision y reforma de las leyes civiles y penales.

11. Propagacion de la instruccion pública.

12. Proteccion á las industrias agrícola, fabril y mercantil.

13. Fomento de todas las instituciones de beneficencia.

14. Reorganizacion del ejército bajo las bases moralidad y disciplina.

15. Reformas económicas y administrativas para las provincias de Ultramar.

Tal es en compendio el documento que apareció en casi todos los periódicos de la córte.

A primera vista produjo entre los carlistas intransigentes una sensacion profunda. Creyeron algunos que era apócrifo y otros pensaron que Cabrera sentaba plaza, en el último tercio de su vida, en las falanges liberales. Los primeros y los últimos se desengañaron bien pronto: el documento en cuestion estaba firmado realmente por Cabrera, pero este se hallaba muy distante de reconocer la *legalidad* existente á la sazon.

Hemos dicho que el tal documento estaba *firmado* por Cabrera, y sus actos posteriores confirman nuestro aserto.

Preciso es examinarlo sin pasion.

Lo primero que ocurre es preguntar: ¿cuál era el fin que se proponia Cabrera?

Y verdaderamente que la pregunta es muy natural. El soldado del *pretendiente Cárlos V*, solo pensaba en pelear entre las huestes liberales cuando las intrigas y los amaños pupulaban alrededor del cuartel general de aquel desventurado príncipe; él, campeon de la *legitimidad*, aceptó el manifiesto de don Cárlos y creyó llegado el caso de indicar las reformas sugeridas por su patriotismo. Su *rey* decia que para vencer las dificultades imponderables que habria de encontrar en el camino de la regeneracion de España, necesitaría *del concurso del reino congregado en Córtes*, que verdaderamente representasen todas sus fuerzas, todos sus elementos conservadores.

Y luego añadió textualmente: «Yo daré á España con esas Córtes una ley fundamental...»

De manera que Cabrera queria interpretar fielmente la muy feliz epresion de don Cárlos.

Alborotóse el partido carlista fanático, y desde aquellos momentos no cesó en sus trabajos para aminorar la popularidad de Cabrera.

El caudillo tortosino hizo dimision de los altos cargos que le habian confiado.

La dimision fué aceptada.

Don Cárlos exclamó entonces:

«Desde hoy en adelante, yo me encargo de la direccion de los negocios del partido.»

En vista de la inusitada conducta del que aspiraba á ocupar el trono de España, Cabrera se encerró en un completo retraimiento.

En vano, posteriormente, fué solicitado por la mayoría de los hombres que sostenian á don Cárlos: en vano clamaron los carlistas del Norte y el Centro para que el sexagenario tortosino se pusiese al frente de los negocios de aquella causa, que los reveses y traiciones iban minando. Todo fué inútil, pues no se dignó dirigirles una mirada, despreciando los estériles halagos encaminados á variar su propósto.

Las intrigas acompañadas de sendos descalabros se sucedian sin interrupcion en el macilento campo carlista.

Don Cárlos permanecia en la inaccion.

Sus generales se obstinaron en seguir un plan defensivo, parapetados en la abundante red de fortificaciones que existian en las montañas de las provincias Vascongadas.

Las tropas liberales habian proclamado á don Alfonso XII.

El país estaba libre de las discordias políticas que anteriormente impedian la aglomeracion de tropas para dar un golpe decisivo al carlismo.

El momento supremo se aproximaba.

En semejantes momentos, aun podia ser de alguna significacion la presencia del hombre que habia defendido una causa muerta ante la civilizacion de los tiempos modernos.

Atribulados y en completa desorganizacion, los hombres que aconsejaban al *pretendiente*, solo se acordaron de sus vanidosas pasiones, creyéndose omnipotentes para la direccion de la guerra, y nunca confesaron su probada ineptitud; antes bien, trataban de eliminar á los servidores de talento notorio, temerosos de que los arrebatasen lauros que más tarde debian convertirse en vergonzosos desengaños.

Cabrera sabia lo que ocurria entre los titulados consejeros de su *rey*.

Su silencioso retraimiento era el presagio de un hecho que debia dar el último golpe á los tenaces defensores de un sistema que representaba el retroceso de dos siglos.

Un dia apareció un documento impreso firmado por Cabrera.

Este arrepentido personaje condenaba las doctrinas de los que deseaban revivir el sistema de Torquemada y se sometia al gobierno de don Anfonso XII.

Profunda sensacion causó en el ánimo de la mayoría de los españo-

les la explícita declaracion política del hombre que habia sido considerado como la columna más fuerte de los carlistas.

El antiguo guerrillero declaraba que, ante la conveniencia de labrar la ventura de su pátria, debian callar los ódios y malas pasiones. Conocia que los representantes de los principios retrógrados solo tenian en cuenta el interés personal, por cuyo motivo, él, que tantas veces habia derramado su sangre en defensa de los derechos de la ley *Sálica*, inclinaba la frente para acatar los mandatos de la Representacion Nacional, y como español ofrecía su espada y su vida en defensa de las cultas instituciones que preconizaba el jóven monarca consagrado á cicatrizar las heridas de un pueblo sin rival en gloria é hidalguía.

El rey Alfonso acogió con agrado la declaracion de Cabrera, reconociéndole sus títulos de nobleza y alta graduacion militar.

Acto político que ocasionó la ruina y muerte de los que sustentaban la causa de don Cárlos.

Más tarde, cuando desaparecieron del suelo de la pátria los batallones que se batian por ver si podian revivir el despoitsmo, todas las miradas se fijaban en el general Cabrera, y aun deciase públicamente que algunos hombres políticos le designaban como el único capaz de tomar las riendas del gobierno, confiando á su indomable fuerza de voluntad la direccion de los negocios públicos.

Pero la sábia Providencia dispuso otra cosa.

Cabrera, enfermo y anciano, debia pagar su tributo á la naturaleza.

Antiguos achaques habian minado su existencia, y cuando todos creian verle aparecer en la córte de España, recibióse un telegrama anunciando que Cabrera habia rendido su útlimo suspiro en su residencia de Wentworth.

Tal fué el fin del hombre extraordinario cuyos sangrientos hechos han asombrado al mundo.

CONCLUSION.

Terminaremos esta reseña biográfica, narrando un hecho del héroe tortosino.

Cabrera al entrar en Francia despues de su última guerra civil, apenas llevaba por todo capital *mil duros*, producto de la última paga de teniente general, recibida en Berga, y de las economías anteriores.

Dejemos hablar al mismo Cabrera:

»Desde mis primeros años,—dice sincerándose de las acusaciones que le habian dirigido,—fuí siempre franco y generoso, y si tenia un doblon lo gastaba alegremente. Jefe ya y general, sólo me acordaba del dinero para mi ejército, para esos valientes soldados que morian gritando: *¡Viva Cárlos V! ¡Viva Cabrera!*

»Y tenia otra razon para no acordarme del dinero, á saber: que nunca jamás me ocurrió la idea de que mi causa dejase de triunfar, y por consiguiente, de que yo debiera emigrar. Tanta confianza, tanta conviccion, tanta fé tenia en el triunfo, que pisaba ya el territorio francés y me parecía un sueño.

»Hacíame durante la guerra esta cuenta:—Es probable que mueras en la campaña, porque todos saben, y hasta mis mayores contrarios, que yo no huia de los peligros, ¿para qué, pues, quieres el dinero? Si mueres, todo se acabó: triunfando, ¿qué te ha de faltar cuando es tan grande la munificencia de tu soberano?»

Pues bien; el hombre que hablaba de este modo, vió llegar en la emigracion una época triste, de penuria, no obstante las vivas simpatías con que le distinguian los legitimistas del Mediodía de Francia.

Entonces, pensando en el medio de vivir, trató de montar un pequeño comercio de géneros españoles en la misma ciudad de Lyon, asociándose á una familia, y poniendo el establecimiento bajo la direccion de don Francisco Martinez, comisario de guerra que habia sido del ejército carlista de Aragon y Valencia.

»Reunida entre todos—dice Cabrera—la suma de 7.640 francos, tratamos de invertirlos en abrir un almacen de vinos, chocolate y frutos de España, en la calle de San José, núm. 3, de esta ciudad (Lyon.)

»Lleno de los mejores sentimientos y deseando ser útil á muchos de mis desgraciados compañeros, dije á Martinez que podia darles algunos géneros al fiado, ó con un pequeño premio por su venta. Esto cundió y se presentaron infinitos á gozar de este beneficio; pero la inexperiencia de algunos en el comercio y la miseria de otros (por no atribuirlo á mala fé), hicieron que mis proyectos se frustrasen, por no solventar la mayor parte el importe de los géneros que habian tomado. Estas contrariedades nos obligaron á cerrar el establecimiento al cabo de un año, y me quedé sin capital y sin almacen.»

En el año siguiente decia el mismo Cabrera:

»Ya que la curiosidad se interesa en saber hasta mis acciones más insignificantes, añadiré que como á las cinco, en la fonda, *por cinco reales*.

"Entre el sufrimiento de mis numerosas heridas y las mayores privaciones, sigo haciendo una vida penosa y pobre, viéndome obligado á ir á la plaza diariamente á comprar lo más preciso para mi manutencion,"

¿Qué habia hecho Cabrera de *tantos millones*, cuando al año de la emigracion se hallaba en tan crítico estado?

Verdad es que hay una máxima maquiavélica constantemente seguida por gentes mal intencionadas.

Héla aqui: "¡Calumnia, que algo queda!"

Y lo peor es, que tambien algunos calumniadores de Cabrera en aquellos infaustos dias, eran personas que durante la campaña se llamaban sus amigos.

"Yo les tendí la mano,—decía Cabrera,—les senté á mi mesa, les prodigué distinciones... y ahora, los ingratos, los desleales, han escarnecido mi nombre.

"Yo les enseño á ser generosos, olvidando sus nombres.

"Yo les perdono."

FIN.

HISTORIAS QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO.

Oliveros de Castilla y Artus de Algarve. . . . . Pliegos 5
Carlo-Magno y los Doce Pares de Francia. 4
Roberto el Diablo. 4
El Conde de Partinoples. 4
Clamades y Clarmonda, ó el Caballo de Madera. 4
Flores y Blanca-Flor. 4
Pierres y Magalona. 4
Aladino ó la Lámpara Maravillosa. 4
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno. 4
El Nuevo Robinson. 4
Napoleon I, emperador de los franceses. 4
El carlista D. Ramon Cabrera. . . 4
El general Espartero. 4
D. Martin Zurbano. 4
Doña Blanca de Navarra. 4
Orlando Furioso. 4
Simbad el Marino. 4
El Sitio y Defensa de Zaragoza. . 4
Anselmo Collet. 4
Los Subterráneos de la Alhambra. 4
Gil Blas de Santillana 4
D. Diego de Leon. 3
El Conde de Montemolin. 3
Zumalacárregui. 3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla. 3
Bernardo del Carpio. 3
Cristóbal Colon, ó el descubrimiento de la América. 3
Hernan Cortés: conquista de Méjico 3
Los Siete Infantes de Lara. . . . 3
D. Pedro de Portugal. 3
La Doncella Teodora. 3
La Heróica Judith. 3
Noches lúgubres de Cadalso. . . 3
Matilde y Malek-Adhel. 3
Abelardo y Eloisa. 3
Ricardo é Isabela, ó la Española-Inglesa. 3
Ana Bolena. 3
Diego Corrientes. 3
El Marqués de Villena ó la Redoma Encantada. 3
El robo de Elisa ó la Rosa Blanca Encantada. 3
El Conde de las Maravillas. . . . 3
Santa Genoveva. 3
El Nuevo Navegador, ó la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. . 3
El Gran Capitan Gonzalo de Córdoba. 3
El Bastardo de Castilla, ó el Castillo del Diablo. 3
Tablante de Ricamonte y Jofre Donason. 3
La Hermosa de los Cabellos de Oro 3
La Guirnalda Milagrosa. 3
Los Siete Sabios de Roma. . . . 3
Guerra de la Independencia española. 3
Los Niños de Ecija. 3
Doña Juana la Loca. 3
El Toro Blanco Encantado. . . . 3
El Príncipe Selim. 3
Las Dos Doncellas disfrazadas. . 3
Julio y Zoraida, ó un episodio de la Guerra de Africa. 3
El Májico Rojo. 3
Aurelia y Florinda 3
El Santo Rey David. 3
La Urraca Ladrona. 3
Biografía del general Prim . . . 3
Cornelia ó la víctima de la Inquisicion 3
La Diosa de los Mares 3
El Casto José. 2
El Viejo Tobías y el Jóven su hijo. 2
El Juicio Universal. 2
San Alejo. 2
San Amaro. 2
El Marqués de Mántua. 2
El Valeroso Sanson. 2
La Creacion del Mundo. 2
El Diluvio Universal. 2
San Albano. 2
Nuestra Señora de Monserrat, y penitencia de Fray Juan Garin. . 2
Francisco Estéban el Guapo. . . 2